

## **Rosales sombríos.**

Es martes y el mundo despertó nublado, al menos el que asoma a mi ventana. Entro en mi oficina y antes de despojarme de la gabardina y del sueño, el charlatán de turno me aborda a bocajarro:

— *¿Conoces a Laura Sandoval?*

La pregunta me pilló desprevenido, como el primer trueno anunciando una gran tormenta eléctrica, que es la que más me asusta, aunque no tanto como el tornado que suele desencadenar el nombre de Laura en mis callejas interiores. Tardé tanto en responder, que el compañero de trabajo que había formulado la pregunta se enfrascó en otra tarea sin esperar la respuesta que en realidad no le interesaba. Pero a mí sí, por lo que tuve que encontrar la forma de retomar el tema sin que se notara demasiado mi interés.

— *Ahora que lo dices, creo que sí la conozco ¿Por qué?*

— *Porque vi su nombre en un cartel en el hall y pensé que con ese apellido, tal vez...*

Y se alejó rumbo a la impresora dejando el final de la frase y mi curiosidad flotando en el aire. Una repentina necesidad de café me llevó a la máquina del hall y lo vi: Firma del libro de Laura Sandoval a las ocho de la tarde en el Ekole, un local de moda donde se celebran encuentros literarios y eventos culturales, cafés con encanto, los llaman ahora, donde lo mismo puedes escuchar un poema, degustar tés lejanos, mientras escuchas jazz o rap. Una plaga moderna.

¡Laura! ¡Mi Laura! Muero por gritar al mundo que eres mi cara oculta, la destinataria de mil cartas abortadas y eterna interlocutora de mis monólogos interiores en las noches huérfanas de sueño. Siempre sospeché que algún día sacarías el alma por los dedos en forma de tinta y mucha gente se la bebería de un trago. Yo el primero.

Al salir del trabajo pasé por el centro comercial y compré tu libro. A lo largo de la tarde empecé a leerlo varias veces pero la excitación y desasosiego por lo que pudiera encontrar entre sus líneas no me permitieron pasar de la tercera página. Varias horas antes de la presentación ya estaba acomodado en el bar de enfrente para verte llegar,

porque desde que escuché tu nombre esta mañana, todas las horas se dirigen hacia ti y no consigo desviarlas en otra dirección. Habitas mi cabeza desde siempre, envolviendo mis sentidos como un bonito papel de celofán que hace ruido, mucho ruido, cada vez que respiro pero que me niego a quitar porque me protege.

Mientras te esperaba, ojeé el libro de nuevo, al ver tu foto en la contraportada se reabrió la herida que lleva tu nombre y dolió como el día que me diste la espalda y un portazo. Fui yo quien provocó el alejamiento, merecía eso y mucho más pero no quiero admitirlo, mi orgullo se resiste a aceptar que te traicioné, porque soy hombre y tu mujer y nos grabaron a fuego que tenía superioridad sobre ti ¿Lo recuerdas? A ti parecía no importarte ocupar el segundo plano, aunque desde siempre intuía que lo asumías por exigencias de la vida, aun sabiendo que tú eras actriz principal y yo tu telonero. Lo siento, no me prepararon para admitir que tengo debilidades, y tú lo eres. Hasta donde alcanza mi memoria huele a Laura. En la escuela, en las colecciones de cromos, en las tostadas de nocilla y en los juegos clandestinos. Laura, segura, serena, motor invisible, mi satélite, como correspondía a la época, aunque bien sabía yo que podías eclipsarme con un solo giro de tu órbita, jamás lo hiciste aunque te sobraron motivos y ocasiones.

En aquellos tiempos las normas me favorecían, mi escasa moral me susurraba cada noche que jugaba con ventaja pero enseguida la domesticué y dejó de recordarme que tú eras demasiado compleja para ser mujer y yo demasiado simple para aceptarlo. Nunca reclamaste tu lugar en el tablero y hasta movías tarde tus fichas para dejarme ganar la partida, lo notaba aunque no lo dijera. Es lo justo, pensaba para mis adentros, porque me venías bien que fueras mansa y abnegada, así nos lo enseñaron los padres, los maestros y los libros.

Recuerdo la redacción que tuvimos que hacer sobre “Los rosales” y yo no sabía que decir, porque las flores eran cosas de niñas. Te pedí que me ayudaras y supiste enlazar palabras que crecían por la hoja del cuaderno, mezclando pétalos y espinas que atraparon a todos los compañeros, el maestro boquiabierto derrochó tantos elogios que me salieron los colores, no me atreví a mirarte a los ojos cuando salimos de la escuela porque sabía que no tuviste tiempo de hacer la tuya. Aquella noche, saboreando los halagos que recibí por tu trabajo, me justificaba pensando que si lo hubieras presentado tú no habrían causado el mismo efecto en el maestro. Todos sabíamos que ni siquiera leía las redacciones de las niñas, porque lo que importaba era que bordaras y recitaras oraciones, en eso sí que sobresalías ¡eh! No puedes quejarte. Detestabas aquellas

letanías, a veces, mientras repetías aquellas salmodias religiosas la rebeldía asomaba por tus ojos, los demás veían pasión pero yo que te conocía bien reconocía la rabia contenida que te ahogaba, aunque nunca te tendí un flotador.

Te robé muchos momentos Laura, pero ¿crees que de haber sabido los amigos que conseguiste para mí el primer cigarro que fumé, o que me enseñaste el baile de Elvis con el que triunfaba en los guateques te lo habrían aplaudido? ¡Desde luego que no! De esta forma viviste el éxito a través de mí y cuando sonreías dócilmente, como quien se inmola por su Dios me sentía menos culpable. Me dejaba querer, absorbía tu energía, tus ideas y todo lo que pudiera darme una décima de protagonismo. Pensarás que no me acuerdo pero aún me duele aquel junio, en plena adolescencia, cuando te castigaron sin ir a la hoguera de San Juan por mí culpa: Por estar haciendo mis quebrados llegaste tarde a la catequesis de confirmación y el cura se chivó. En lugar de delatarme celebraste mi sobresaliente y no fui capaz de pronunciar un perdón, ni gracias. Aún te lo debo, algún día te los daré. A fin de cuentas eras chica y te daría igual salir o no, me repetía para acallar la vergüenza que me mordía por dentro y no porque te castigaran, sino por ser incapaz de entender los quebrados.

Admiraba tu prudencia y esa sonrisa perenne que lucías sin importarte que las medallas por tus actos lucieran en mi solapa. Los sábados por la noche me ayudabas a domar mi pelo fosco y desordenado, lo colocabas poniendo paciencia y gomina a partes iguales, me elegías y planchabas la camisa más rabiosa, los vaqueros más ajustados y la chupa de cuero con la que hacía furor entre las chicas. Me crecía y salía a la calle en mi papel de macho alfa mientras tú quedabas en casa ejerciendo tú rol de apocada. ¡Debiste quererme tanto para soportar aquello, querida Laura! Visto con distancia y perspectiva creo que aquel modo de actuar, me hizo tanto daño como a ti y conste que no es por justificarme pero creció en mí un complejo que aún me acompaña, empecé a compararme contigo sintiéndome más ruin, más bajo, más feo mientras tú crecías un poco más ante mis ojos. Ni siquiera protestabas cuando me negaba a llevarte a las fiestas porque me sentía más libre sin ti, y tú bien adiestrada, admitías resignada que era lo que tocaba por haber nacido chica.

La primera vez que te vi realmente defraudada fue cuando volví de Roma tras el viaje fin de curso, cuando terminamos el bachiller ¡te gustaba tanto el arte! Sabía que podía influir para que te dejaran ir conmigo, pero me jodía, tenía miedo. Miedo a que todos se enamoraran de ti, mi querida hermana melliza, mi tesoro enjaulado.

En aquel momento se rompió algo, a la vuelta sentí los cristales rotos de tu mirada clavados en mí, pero lo que más me dolió fue que no me hicieras reproches ¿Por qué no te defendías? Tanta docilidad, tanta entrega solo hacían que yo te exigiera más y más, me gustaba ese papel y parecía que a ti también ¡admítelo! Llegó el momento de elegir la maldita carrera, tú estabas capacitada para hacer la que quisieras pero nuestros padres te obligaron a hacer Magisterio porque una maestra en la familia quedaba muy aparente y yo una Ingeniería que para eso era hombre, irresponsable, vago y mal estudiante, pero hombre. A tu potencial le pusieron vallas y a mi inutilidad alas, aunque sabía que sin tu empuje no llegaría muy alto por más que papá y el abuelo pusieran todas las esperanzas en mí, el transmisor de su apellido.

Ya en la juventud seguiste cobijada a mi sombra, minimizando tus valores y maximizando los míos, seguías sonriendo mientras tragabas hiel y ahora me pregunto si lo harías con ironía. Apagabas la efervescencia juvenil bajo capas de aburrimiento mientras yo nadaba en los venenos de la noche, al amanecer limpiabas mis vómitos, admito que por aquella época la vergüenza ya anidaba en mí y me sentía rastrero por usar te como fregona y cubo de basura. Pero seguía haciéndolo.

Y llegó el futuro. El tuyo y el mío. Venían en el mismo tren. El tuyo en el vagón de cabeza, nuevecito, reluciente: primera clase. El mío llegaba en la cola, lleno de humos y vahos malolientes, maletas gastadas de arrastrarse por habitaciones ajenas, alcohol caducado y noches cansadas de no ser dormidas. Empezó nuestro primer viaje en solitario, tú ibas abriendo túneles nuevecitos, estrenando trigales que cuando llegaban a mi altura ya estaban resecos y segados. Avanzabas con brío mientras yo me acurrucaba al fondo de la vida. Por primera vez tuve que tragarme tus éxitos y alegrarme ante ellos aunque me supieran a sapos. Tú, querida hermanita asumías suavizabas mis derrotas con sincero cariño que yo las aceptaba con la mansedumbre de un perro viejo y agotado.

Me llamaste aquella noche para decirme entre avergonzada y temerosa que estabas enamorada. No supe reaccionar porque jamás imaginé que pudiera existir en tu vida otro hombre que no fuera yo. Me dijiste que siempre, siempre seguiríamos juntos, que nadie podía romper el cordón que nos unía desde antes de nacer, hablaste de nuestra complicidad... y no sé cuántas cosas más que no quise escuchar porque mi condición de niño consentido no me permitía admitir la presencia de otro hombre contigo, conmigo. Me cegué, por eso te jugué aquella mala pasada y le alejé de ti levantando aquel

horrible bulo, lo dejé caer en el sitio apropiado y enseguida llegó a él, me alegré cuando se largó, para qué negarlo. Doy asco, lo sé, para ti sería doloroso, para mí fue mortal, no sé si tú me perdonarás algún día pero yo no puedo superarlo.

Cuando te fuiste toqué fondo y desde entonces me rebozo en mi charca, me da pereza el futuro, los días nacen muertos, extendiendo el cadáver sobre la mesita y le coloco un traje gris y un maletín en la mano para acudir al trabajo. Me alegro que no seas testigo de mis escasos logros profesionales y mi absoluto fracaso personal, aunque sospecho que mamá te informará. Eso sí, soy el trabajador más mediocre y mejor pagado de la empresa para vergüenza de papá y el abuelo. Si nos hubieran permitido avanzar juntos desde niños, ser socios de juegos, estudios y trabajo nuestro éxito estaba asegurado y nuestros apellidos seguirían en los periódicos pero yo lo estoy mandando todo a la mierda.

Sobrevivo a tu ausencia rebuscando noticias tuyas, colecciono todos los artículos que caen en mis manos, leo y releo buscando entre líneas un mensaje dirigido a mí pero no lo encuentro. Lo que sí percibo en tus palabras es el orden interior que me transmitías, porque después de ti, en mi cabeza, en mi casa y en mi armario reina el caos. Tus ingeniosas frases, tu prosa cuidada me arrastra hasta el colegio y reconozco aquellas redacciones ajenas por las que todos me aplaudían, aquellos benditos momentos de gloria. Tuyos.

Hoy he comprado tu libro: “El rosal sombrío”. Lo he empezado varias veces pero no me concentro, no paso de la tercera página. Aquí estoy, atrincherado tras un vaso largo de ginebra que espero me inyecte el valor y calor suficiente para acercarme a ti y mendigar una dedicatoria, imagino ese momento como un adolescente sueña su primer beso, ensayando palabras y poses, miradas, preguntas y respuestas. Sudo y me siento ridículo imaginando que levantas la mirada hacia mí y me dices: ¿A nombre de quien lo dedico? Y me ves y te alegras y nos abrazamos y... pido otro vaso de ginebra para ahogar un amago de realidad que me susurra que nada de eso va a ocurrir, gilipollas, que eso solo pasa en las películas, y me siento ridículo.

Llegas. Discreta, elegante como una garza. Abrigo largo y pelo corto. Tu mirada es precisa y preciosa, como lo fue siempre, pero ahora con ese baño de seguridad que dan los cuarenta años. Hay cosas que no cambian, como ese porte de estrella tenue, intentando disimular su brillo sin conseguirlo, porque lo llevas dentro y por más que una educación trasnochada tratara de abortarlo entre catecismos y estropajos, has sabido

encontrar la salida. A pesar de que yo me colocaba entre tú y el mundo para que pensarán que el destello era mío, para ocultar la rosa que ya presentía. ¡Estás tan guapa! No me reconocerías Laura, desde que no comparto tu luz parezco el hombre noche, mate, sin chispa, tal vez sigamos pareciéndonos por fuera pero por dentro...

Este último trago me ha dado el empuje que me faltaba para acercarme a tu mesa, deslizar el libro y decirte que lo siento. Siento haberte robado todos los destellos de la infancia. Las risas de los oyentes ante nuestras primeras palabras. Imitaba tus gestos porque me gustaban pero no pretendía hacerlos míos, aunque todos reían mis gracias y luego mis dibujos que eran tuyos y tus chistes que parecían míos y mientras pienso todo eso, me pongo en la fila, intentando ocultar mis nervios y vergüenza bajo el cuello de la gabardina, la barba de dos días y los tres vasos de ginebra.

Cuando me separan tres personas de ti siento pánico e intento retroceder, la puerta está taponada de gente, no puedo salir, vuelvo a la fila entre los murmullos desconformes de tus admiradores que ya contaban con uno menos, faltan dos, uno, me toca. Levantas levemente la cabeza pero sin fijar la mirada, ¡menos mal! alargo el libro abierto por la primera página rogando a todos los dioses que no me mires, no preguntes, solo escribe, firma y marchó. Alejarme antes de que reconozcas al hermano al que planchabas las camisas y limpiabas vómitos. El hermano que alejó al hombre al que amabas haciéndole llegar falsedades sobre ti. No te merecía Laura, ni siquiera habló contigo ni te dejó defenderte, simplemente se fue en busca de otra mujer de moral intachable.

He llegado a ti. Tus manos siguen siendo largas y elegantes, como las mías, como las de mamá. Coges el libro, escribes una sola línea y firmas: Laura. ¡Cómo ha madurado ese garabato infantil que aún reconozco! El garabato que debía firmar aquella redacción sobre los rosales que me elevó al olimpo de la mentira. Una L abraza a tu aura: Laura. Ni eso has cambiado, siempre fiel a ti misma.

Me alejo con prisa, sin mirar atrás, como quien huye de la escena de un crimen. ¡Solo una línea! Tantos años de espera y me despachas con una maldita línea. Había mucha gente haciendo cola, me digo para consolarme. Estoy deseando llegar a casa y leerla, como quien planea atiborrarse de chocolate o de cianuro en plena noche. Con el dulce miedo que produce no saber que contiene esa línea: Bombones o veneno.

Ceno poco y deprisa, me ducho y finjo repasar unos documentos de trabajo para alargar el momento, no para retrasar el placer sino para ahuyentar al miedo, sabes que siempre fui cobarde, Laura. Ya en la cama abro el libro como quien abre el paquete bajo el árbol

de Navidad. Siento una espada sobre mi cabeza, un escorpión pasea mi espalda y por fin permito a mis ojos deslizarse por sus letras. Por esa línea eterna que dice:

*Te remito al último capítulo. Laura*

¿A qué juegas? Sigues igual, con tus locas ocurrencias y juegos que siempre me sorprendían pero hoy no tengo el humor para juegos... y abro el libro por el último capítulo y lo devoro. La primera lectura es nítida, en la segunda las letras están húmedas y temblorosas y finalmente ahogadas en sal.

*“...Jaime, mi espejo, mi hermano mayor por cinco minutos, con quien compartí placenta, descubrí las risas, las palabras y la complicidad. Mi escudo protector tras el que pude desarrollar a la mujer que soy sin ser descubierta, sin hacerme daño, cuando ser mujer estaba prohibido. Hermano, nunca te agradecí, que encajaras los golpes de la vida para que no me alcanzaran a mí. Que me protegiera con tu muro de los vendavales y soles excesivos, que me permitieras florecer a tu amparo. Me miro en todos los espejos buscando tus gestos, tu aplomo y chulería, pero no me devuelven nada. Seguiré escribiendo hasta que mis líneas te conduzcan a mí...”*

Apagué el libro, los ojos y la luz. Acurrucado entre las sábanas lloré todas las lágrimas de generaciones de hombres a los que no se nos permitió llorar. Agoté los llantos reprimidos de mujeres a las que no se permitió crecer. Te admiro Laura, mi rosal sombrío, que consiguió florecer a pesar del muro que le daba sombra. A pesar de mí. Te quiero hermana.

(Seudónimo: Glauka)